

El origen fantástico de la diablada y el carnaval de Oruro

Carlos Barragán Vargas



Quien asistió aunque sea por una vez a la entrada del Carnaval de Oruro no puede dejar de reconocer que ha quedado impresionado si no maravillado del derroche de fantasía, belleza y misterio de este evento que se repite todos los años con incrementada energía.

Los narradores, los responsables de las asociaciones de conjuntos folklóricos y muchos escritores resaltan uno u otro aspecto de la leyenda que envuelve el origen de la veneración a la Virgen de la Candelaria, el origen de un conjunto concreto de danzarines o de algunas características de los trajes utilizados por los conjuntos. Sin embargo, poco se ha investigado sobre el origen mismo de esta tradición y de su lenta evolución hasta la fastuosa entrada de carnaval que hoy conocemos.

Como ingeniero de Minas, que por mi misma profesión he vivido muchos años ligado al fenómeno del Tío y los ritos de los mineros, decidí escribir un cuento que lo he titulado, con ayuda de un buen amigo: "Revelación Abrasadora". En él he intentado construir una explicación coherente sobre el origen del carnaval de Oruro partiendo de los ritos del Tío y de algunos elementos de "La Diablada" que fueron los primeros grupos que dieron lugar a la enorme variedad de conjuntos que hoy se presentan.

La hipótesis no intenta ser un estudio ni histórico ni antropológico, razón por la que la he presentado en forma de un cuento literario, donde el origen mismo del rito del carnaval orureño aparece como una revelación divina, al personaje principal inmerso en la narración.

En el cuento, los elementos concretos alrededor de los cuales se ha emitido la hipótesis que hablamos, son en primer lugar la significación del Tío y de la Virgen.

El rito al Tío que pervive hasta hoy entre los mineros a los que, por momentos, los llamo "hombres-piedra", tiene su origen en la religión de los pueblos andinos. Las representaciones religiosas de estos pueblos eran el reflejo de su propia organización social y de los conocimientos que se tenían en esas épocas. Era el

estadio de la religión animista en la que los hombres pensaban que los elementos importantes de la naturaleza que los rodeaba tenían un espíritu que era ambivalente. Podía ser bueno o malo a la vez en dependencia del respeto riguroso de ciertos ritos. Para los andinos, sus dioses moraban en los cerros. Un pueblo tenía su protector en el cerro más cercano y era a éste que se pedía el permiso cuando se viajaba o en muchos otros acontecimientos de las familias que formaban esa comunidad. Por ello es que cuando los españoles llegaron y les obligaron a horadar las entrañas de los cerros, ellos debían pedir con mucha unción y fe, permiso al espíritu que ellos veneraban. Y de ahí viene la costumbre de las ofrendas de la coca y el alcohol en cualquier recoveco a la entrada de los socavones.

El personaje principal del cuento recorre así los parajes de la mina y expresa su lamento por la imposición de un sacrilegio:

"Cuántas veces, con el vaho calenturiento de los parajes apenas ventilados o con el soplo gélido de los carámbanos en los salones infinitos, cercanos por dentro, a la cima de los cerros, al cielo y al cero absoluto, no había tenido la visión de estar en verdaderos altares líticos, oratorios ancestrales de ésta y varias generaciones de hombres piedra... ¡Qué ironía! Obligados por la sobrevivencia debían herir de muerte, al ritmo de punta y martillo, perforadora y deflagración, al propio engendrador de la estirpe".

Por ello, en el cerro hoy conocido como Pie de Gallo y en el que se iniciaron los trabajos mineros, existía el socavón del pijcheo. Diariamente los ritos de los mineros al espíritu de la mina se renovaban y la clerecía de aquél entonces se dispuso a erradicar esos ritos paganos. Apareció allá la Virgen de la Candelaria rodeada de una leyenda y de un misterio destinado a trastocar la veneración pagana por la imagen real de la madre del Dios cristiano. Y así se entronizó a la Virgen en 1784 en aquel paraje que estaba en parte rodeado por la cancha mina y que en cada fiesta se transformaba en el campo ferial de la Villa de San Felipe